

Testimonio desde el poder político

JOAQUÍN RUIZ JIMÉNEZ

¿Quién no ha oído hablar de Joaquín RUIZ JIMENEZ? Ah, sí, el que fue Ministro de Educación, Presidente de Izquierda Democrática, Defensor del Pueblo... Lo que muchos desconocen es el «pedazo» de cristiano que fue este hermano nuestro metido de lleno en el ejercicio del poder político.

1. ¿Qué caminos he recorrido para llegar a ser un evangelizador en tierra marginada?

He de decir por conciencia que no creo haber sido evangelizador. Esto me plantearía un tema inicial, pero que no quiero desviar de lo que hay de testimonio en las palabras que van a seguir. Sin embargo, el tema previo e inicial es saber cuál es la relación entre fe religiosa y política, más en concreto, entre la fe cristiana y la vida política entendida como esfuerzo de construcción de una ciudad más humana.

Siempre me ha impresionado en la meditación del evangelio el cierto horror o la voz de alerta del Señor y de sus apóstoles a la idea del poder. No quieren tener poder. Una de las tentaciones del Señor en el desierto por parte del príncipe de este mundo fue invitarle a tener poder y él no quiere el poder. Y los apóstoles, más de una vez, ponen de relieve que no han venido a mandar sino a servir, y quien sólo pretende servir y no mandar ¿tiene algo que hacer en la vida política? He ahí una pregunta previa y muy fundamental. No voy a contestarla aquí. Tuve ocasión de hacerlo en un Símposio hace ya muchos años organizado por viejos amigos de la Universidad de Lovaina. Allí se planteó ese tema y se debatió en profundidad. Me contento en este instante con decir cuál ha sido mi propia experiencia en esa inmersión, porque no fue sim-

El testimonio de J.Ruiz Jiménez es la transcripción directa, sin «arreglos literarios», de una grabación que le hizo **SINITE**.

plemente una inmersión eventual, coyuntural, sino constante y prolongada a lo largo ya de unos cincuenta y tanto años. Tengo ahora 75 y de alguna forma empecé a vivir la preocupación política junto a mi padre.

De mi padre heredé, al mismo tiempo que su fe cristiana, su espíritu, su talento liberal, y creo que esa doble dimensión ha significado mucho en mi vida ulterior. También me ha influido mi madre, mujer profundamente piadosa, que me llevó a meditar, tantas veces, en los misterios de la fe religiosa y más concretamente en el mensaje de Cristo.

Pronto se produce en España aquel tremendo enfrentamiento que llevaría luego, por desgracia, a la guerra civil entre digamos los católicos «profesionales», en el sentido que estaban etiquetados como tales o que formaban parte de asociaciones políticas. Yo pertenecía a una asociación no política de apostolado seglar porque estaba de secretario general de estudiantes católicos durante aquellos años treinta y porque tenía simpatía hacia una forma de entender la política con espíritu cristiano, que fue precisamente la de don Manuel Jiménez Fernández. Este era un hombre profundamente inmerso en el espíritu evangélico y, sin embargo, aceptó ser ministro con la República cuando ya la República se regía por una constitución laica y en algún aspecto no solamente laica sino hostil a la Iglesia. Recuérdese el artículo 26 de la constitución de diciembre de 1931.

He aquí una primera etapa de mi vida. La primera etapa consistió en luchar desde el ángulo de una asociación católica no política, como era en aquel momento la Confederación de Estudiantes Católicos, y también desde la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos, que movió D. Angel Herrera. Yo intentaba, movido por esos ejemplos de Angel Herrera y Manuel Jiménez Fernández, si podíamos contribuir a una pacificación de España, a que España siguiera siendo fiel a los valores del evangelio, que son valores de libertad, de igualdad, de solidaridad, fraternidad, si eso era posible.

Un segundo momento de mi vida tuvo lugar una vez terminada la terrible guerra civil, a la que nos llevaron errores, prepotencias, abusos de unos y otros. Me parece que todos tenemos que asumir lo que hubo de responsabilidad en aquella España que no quiso permanecer en paz.

Después de la guerra, un cierto afán de contribuir a que España no tuviera que volver a enfrentarse en una guerra civil inspiró mi conducta posterior. Siendo embajador ante la Santa Sede, cuando me nombraron precisamente para llevar adelante una política de reconciliación, si cabe hablar así, entre el Estado naciente después de la guerra civil y la Iglesia católica, me inspiró

en todo instante el ver si podíamos evidentemente conseguir una paz basada en la justicia, en la reconciliación. Ese mismo espíritu intenté llevar al Ministerio de Educación nacional. Si algo intenté en el Ministerio de Educación fue una política de flexibilización, una política de recuperación de gentes y valores que habían sido separados de la docencia al final de la guerra civil y que se mantenían algunos en el exilio. Fueron más bien signos de que no se podía estar en la política con espíritu cristiano sin poner en ella mucha comprensión para el otro, que al fin y al cabo es prójimo, el adversario político, y construir de alguna manera caminos para la paz. Estos fueron los caminos que tuve que recorrer hasta que sucesos en gran parte motivados por este afán de reconciliación y recuperación de personas, de hombres y de mujeres valiosos para la convivencia nacional, originaron aquellos sucesos de febrero de 1956 que motivaron mi cese como ministro y mi retorno a la vida universitaria, de profesor de la Universidad de Salamanca. Y ahí comienza otro camino totalmente distinto. El camino éste que acabo de recorrer fue una experiencia desde el poder, si se quiere el poder limitado que entonces podía tener un ministro dentro de un estado de estructura y formas y condicionamientos de tipo autocrático.

En la universidad de Salamanca se inicia para mí un tercer momento de experiencia de fidelidad a ese espíritu de reconciliación, pero dando un paso desde lo que luego iba a ser la oposición, una oposición constructiva, pero una oposición al régimen entonces imperante. Es el momento en el que yo entablo contacto con una nueva generación que no había vivido la guerra civil y que ya no quería que en España se volviera a producir una guerra civil, porque una guerra es algo absolutamente antitético al espíritu cristiano. Y aquella generación con la que me sentí muy compenetrado como profesor, incluso con la que conviví dentro de un colegio mayor universitario, el colegio mayor Fray Luis, y aquellos jóvenes que ya no vivían de las creencias y de los ideales que habían movido a la generación nuestra del año 36. Incluso tuve contacto con personas, profesores ya, algunos más jóvenes que yo, otros más o menos de mi misma edad, que estaban en una actitud ideológica y política muy distinta, muy agnóstica. Entre ellos recuerdo, y lo recuerdo con cariño y veneración incluso por su integridad moral, la del profesor Enrique Tierno Galván. Hablamos muchas veces, dialogamos. Él fue siempre respetuoso para mi fe cristiana, para mi fe religiosa y él desde su agnosticismo tenía, sin embargo, un profundo sentido humano, y coincidimos en muchas cosas de las que había que hacer en España. Ese es otro tipo de experiencia en la política. Diré que es más fácil ser cristiano en la política si se está en la crítica, en la oposición, que si se está en el poder. No creo que la política sea algo nocivo, malo en sí mismo. En definitiva, hacen falta personas que contribuyan a construir una sociedad civil y un Estado, personas que tengan la

responsabilidad de que funcionen las instituciones de ese Estado, personas, por consiguiente, que tengan no sólo la función sino el poder, incluso el poder legislador y sancionador que entraña estar en la política, repito, desde el gobierno o desde instituciones anejas a lo que es el Estado. Pero siempre es muy difícil mantener una serenidad, un espíritu de comprensión para el adversario desde el poder.

Yo creo que esto es uno de los testimonios que me quedan más vivos de este tercer período de mi vida que comienza en 1956, allá en el ambiente de Salamanca, y que se prolonga luego en Madrid, cuando ya el año 1960 hago una segunda oposición y llego a Madrid. Finalmente, la última etapa: es la que, transcurridos unos cuantos años, en el año 69, me hago cargo a la muerte de Don Manuel Jiménez Fernández de la dirección, de la presidencia de lo que él había fundado: la Izquierda Democrática Cristiana. Sin embargo, puse tres condiciones y las tres condiciones indican por dónde se iba ahondando en mí, al mismo tiempo, la conciencia, casi la antítesis entre fe cristiana y poder político y al mismo tiempo superar esa antítesis si se quería estar presente en la vida política y en la vida pública de la propia patria. Las tres condiciones fueron que Izquierda Democrática Cristiana dejara de llamarse cristiana. No que perdiera su espíritu cristiano; al contrario, que lo hiciese más profundo, más hondo, más verdadero, pero que no lo llevara como etiqueta en su rótulo. No era conveniente que a los cristianos se les encasillara a todos ellos en un solo partido. La segunda cosa es que ese partido fuera un partido muy dialogante, muy abierto a la izquierda, de ahí que se mantuviera el concepto de Izquierda democrática, muy abierto a los partidos no cristianos, pero respetuosos para los valores cristianos que estaban a la izquierda en el esquema político español ya naciente. Y, finalmente, un partido que buscara la reconciliación nacional y en ella la reconciliación entre los distintos pueblos que componen la nación española. De ahí que en nuestro programa pronto figuraría la idea de que España debía ser un estado federal.

He ahí por dónde fueron en aquel momento, en ese cuarto momento de mi caminar, las preocupaciones de un cristiano metido en una tarea política, y era una tarea política de partido. Lo cierto es que aquella experiencia se frustró en las elecciones del 15 de junio de 1977. Y entonces ya me quedé mucho más libre, mucho más independiente. Y creo que desde entonces he intentado vivir más a fondo el mensaje evangélico en la vida pública, ya no en una vida de partido pero sí en una vida de transformación muy honda de las estructuras socioeconómicas y políticas de mi propia patria; también de los países hondamente ligados a nosotros, los países de nuestra propia estirpe, los países de iberoamérica.

2. ¿Cuáles son mis motivaciones y objetivos de evangelización?

Mis motivaciones y mis objetivos de evangelización han venido siendo señalados en la reflexión a esa primera pregunta. Mi motivación era ser siempre fiel al espíritu del evangelio. Objetivo de esa evangelización, para mí el primero de todos, era el espíritu de diálogo, de reconciliación, de superación de los enfrentamientos de la guerra civil y de cualquier tipo de enfrentamiento. Me parece que el cristiano es portador de paz y la paz tiene como componentes fundamentales uno de tipo instrumental: el diálogo, «preguntar y escuchar» que diría Antonio Machado; y, en segundo lugar, una justicia que haga que esa paz no sea una paz cualquiera, no sea una paz ortopédica, una paz de fuerza, antitética, sino una paz basada en la fraternidad, en la justicia. Esos fueron los objetivos a los que yo he tratado de ser fiel a lo largo de estos años y sobre todo en la cuarta etapa de mi vida que he indicado.

3. ¿Qué hago en concreto como evangelizador de zona fronteriza?

Pues seguir actuando con espíritu de diálogo y al mismo tiempo con mucha fortaleza, con mucha firmeza, poniendo cuerpo y alma, poniendo cabeza y corazón en la tarea de que no reaparezcan los motivos de enfrentamiento entre los españoles. Esto me parece fundamental. Los que están en la vida política y sean de verdad cristianos deben luchar hasta el máximo para que los motivos que quedan de enfrentamiento se superen. Eso explica, quizá, que en el tiempo en que fui Defensor del Pueblo tratara de promover el proceso de reinserción social de los jóvenes que movidos por factores muy distintos en los que ahora no voy a entrar se fueron al monte y constituyeron las milicias vascas, las milicias de las fuerzas armadas de E.T.A., o de otras partes de España bajo otros nombres. Mi empeño era, una vez que hubieran actuado los tribunales de justicia, buscar caminos de rehabilitación moral y de reinserción social. Ya antes, durante los años que fui Presidente de Justicia y Paz en los primeros años 70, promovimos con mis compañeros aquella campaña para la amnistía. Ahora no se trataba de una nueva amnistía, sino de ir consiguiendo mediante indultos individualizados la incorporación a la vida social, abandonando la lucha armada y aceptando las formas democráticas de los jóvenes etarras. Me parecía que era una de las grandes llagas que todavía quedaban en el cuerpo de España. Esto es lo que he tratado de hacer en concreto. Y he tratado también un segundo aspecto que me parece fundamental, que está ligado a la idea de justicia: conseguir que se pase de una mera democracia de libertades, de una democracia política en el sentido liberal de estado de derecho, a una democracia de justicia social.

A una democracia en que los valores de igualdad y de solidaridad humana se armonicen con los valores de libertad. Una democracia sin libertades no es democracia, pero una democracia sólo con libertades tampoco lo es. Me parece que eso está profundamente ligado a la idea básica del evangelio.

4. ¿Por qué actúo así?

Si actué así fue porque cada vez que ahondaba más en mi fe cristiana más claro veía que el mundo actual no es que se descristianice por lo que normalmente se dice que se descristianiza, sino porque no se ha sido fiel al espíritu de justicia que llena las páginas del evangelio. Es decir, sinceramente, pienso que un cristiano no puede ser «conservador» en el sentido habitual con que en política se habla de conservador. Respeto, naturalmente, profundamente, a quienes opinen lo contrario, pero creo que el cristiano tiene que estar abierto hacia la justicia, y la justicia exige cambios profundos, transformaciones muy radicales en la distribución de los bienes económicos, en la distribución de los bienes culturales.

¿Se puede estar en política? En algunos momentos ¿se debe estar en la política? Creo que sí, en algunos instantes se debe estar en la política activa. En la política se está siempre en la medida en que se actúa social y públicamente, si no se encierra uno en una torre de cristal. Pero si entendemos por política ya una utilización de los procedimientos, de los cauces normales en la vida democrática, se puede estar en un partido político. Yo me siento mucho mejor independiente de la estructura de un partido político, aunque crea que sea necesario. En todo caso, no se puede estar en la política si se es cristiano imponiendo las propias ideas, sino respetando las del otro, ni aceptando las injusticias socioeconómicas y socioculturales que hacen sufrir a millones y millones de hombres.

Toda política cristiana es una política de liberación. No entro ahora en el tema de la teología de la liberación, aunque me siento muy próximo a sus mantenedores. Lo que sí digo es que fundamentalmente el cristiano es liberador, evidentemente liberador de los pecados, liberador de las servidumbres de la carne y del espíritu, pero liberador también en el orden social y político. De alguna manera hay en el cristiano un componente ácrata, si se quiere decir, un componente de resistencia a cualquier poder opresivo, sea el poder político, sea el poder eclesiástico, sea el poder económico. Cualquier tipo de poder, a mi juicio, no es un horizonte cristiano. El cristiano es liberador y solamente siendo liberador podrá ser más radicalmente justo y, por tanto, pacificar la comunidad en la que viva.